

LA CIVILIZACIÓN ISLÁMICA Y SU PATRONAZGO DE LOS LIBROS Y LAS BIBLIOTECAS

Ricardo Elía
Secretario de Cultura del Centro Islámico
de la República Argentina

La civilización islámica estableció la industria del papel a fines del siglo VIII. Un siglo después, éste había reemplazado al papiro y al pergamino. La conquista musulmana de la Península Ibérica permitió que el papel pasara a la Europa cristiana. La palabra castellana *resma*, o la inglesa *ream* provienen del árabe *rihmah* ('bulto' de pliegos de papel).

El eminente sinólogo estadounidense Luther Carrington Goodrich (1894-1986) llama a Talas "una de las batallas decisivas de la historia" y el gran historiador, antropólogo y turcólogo ruso Vasily Vladimirovich Bartold (1869-1930) declara que "esta batalla determinó cuál de las dos civilizaciones, la china o la musulmana debía predominar en el Turquestán". De todas formas, muy poca gente a oído hablar o leído algo sobre la batalla del río Talas (en un lugar ubicado entre Kirguistán y Kazajstán.) que se inició el 10 de julio del año 751 cuando por primera y única vez en la historia chocaron los ejércitos chino y musulmán.

Más allá de alcanzar una aplastante victoria militar que se traduciría en una presencia islámica permanente en esa región hasta nuestros días, los musulmanes se harían acreedores de ser los primeros grandes productores de papel al descubrir el secreto de su fabricación entre dos de los prisioneros chinos capturados. Éstos recuperarían su libertad luego de haber hecho la valiosa revelación.

El historiador persa Abd al-Malik Ibn Muhammad al-Tha'alibi al-Nishaburi (961-1037/8), en su *Kitab al-Zara'if wa-al-lata'if fi al-mahasin wa-al-addad* ('Libro de la Información Curiosa y Entretenida'), Translated from Arabic with introduction and notes by C. E. Bosworth, Edinburgh University Press, Edinburgo (1968), dice que «el papel es una de las especialidades de Samarcanda, y parece mejor, es más flexible, más manejable y más conveniente para escribir que el papiro y el pergamino», los dos principales materiales conocidos en la antigüedad.

Los musulmanes y la fabricación del papel

La civilización islámica estableció la industria del papel a fines del siglo VIII. Un siglo después, éste había reemplazado al papiro y al pergamino. La

conquista musulmana de la Península Ibérica y Sicilia permitió que el papel pasara a la Europa cristiana.

La técnica de la fabricación de papel

Para los chinos, la fabricación de papel era un arte privilegiado de la corte imperial. En cambio, los musulmanes lo convertirían en una industria masiva. Éstos emplearían el lino para substituir la corteza de morera, utilizada por los chinos.

La primera fábrica de papel en territorio islámico comenzó a funcionar en Samarcanda (hoy República de Uzbekistán) en 794. Desde fines del siglo VIII, en Bagdad se construyeron varios molinos de papel y de allí la incipiente industria se extendió a todas las regiones del mundo musulmán.

Suq al-Warraqin (‘el Mercado de los papeleros’), era una calle de Bagdad en los siglos IX y X en donde había más de cien papelerías y librerías.

El califa abasí Harún ar-Rashíd —el mismo que figura en ‘Las Mil y una Noches’— ordenó, en el año 795, que todos los documentos oficiales fuesen registrados en papel. Los molinos de papel construidos en Damasco fueron los principales en abastecer a Europa en la Baja Edad Media.

En 850 se construyó el primer molino de papel en Egipto y en 950 la técnica llegó a al-Ándalus (la España árabe).

No es ninguna casualidad que a fines del siglo X, la biblioteca del monasterio de St. Gall (Suiza), la más grande de Europa tuviese sólo 36 volúmenes y que en Córdoba, la biblioteca califal almacenase en sus anaqueles 400 mil volúmenes.

La primera referencia al papel en el mundo latino fue a través de la obra “El arte del pintor” escrita por el monje alemán Theophilus Presbyter (aproximadamente 1070-1125), mientras que el primer molino de papel que se construyó en la Europa cristiana fue en Bolonia en 1293.

En palabras del arabista danés Johannes Pedersen (1883-1977) en su obra “El Libro Árabe” (Copenhagen, 1946): «Los musulmanes consumaron una hazaña de crucial importancia no solamente para la historia del libro islámico sino además para todo el mundo de los libros»

Ciertamente, la revolución del papel que tuvo lugar en el mundo islámico abrió el camino para la invención de la imprenta por el alemán Gutenberg en el siglo XV. Gracias a estos dos ingenios, la lectura llegaría fácilmente a millones de almas hasta nuestros días.

Las Bibliotecas del Islam

Sabido es entre los hombres de ciencia y erudición que los musulmanes siempre han demostrado por los libros el mayor de los celos y los cuidados. En la Edad de Oro de la civilización islámica estaban más orgullosos de sus bibliotecas que de sus armas, palacios y jardines. Cuando los castillos de los príncipes cristianos tenían bibliotecas de diez volúmenes, mientras no excedían de treinta o cuarenta las de los monasterios más famosos por su ciencia, como Cluny o Canterbury, la de los califas de Córdoba alcanzaban los 400 mil volúmenes.

Hasta la aparición del Islam, a principios del siglo VII, las tribus árabes poseían una cultura analfabeta. Aunque existía un alfabeto árabe, la escritura sólo era utilizada por los comerciantes para sus cuentas. Realmente el primer libro escrito en árabe fue el Corán, el libro por excelencia del Islam que contiene la palabra divina. Los árabes musulmanes no vieron libros en cantidad hasta que conquistaron las provincias vecinas de los dos imperios de la época, el bizantino y el sasánida, y encontraron las grandes ciudades, en las que la escritura y el libro tenían una tradición de siglos.

Para designar la biblioteca existe en árabe la palabra *kitabhana*, de origen persa. También se llama *maktaba* y, además, hay otros nombres compuestos como *Dar al-kutub*, *Jizanat al-kutub* y *Bait al-kutub*, cuyo sentido literario es, respectivamente, «casa» o «puerta», «depósito» y «morada de los libros». Precisamente, del árabe *al-jazana* surge en nuestro idioma la palabra ‘alacena’, que se refiere a un hueco hecho en la pared, o depósito con anaqueles, que sirve para guardar algunas cosas entre ellas libros.

Los primeros en formar pequeñas bibliotecas fueron los califas omeyas. Éstos protegieron a una serie de narradores que le tradujeron oralmente las principales obras literarias y de pensamiento griegas, pues, al parecer, les gustaba escuchar las vidas, hazañas y dichos de soberanos y hombres ilustres.

La Casa de la Sabiduría

Un hecho altamente decisivo para el desarrollo de la civilización islámica fue la fundación por parte de al-Mamún (786-833), hijo de Harún ar-Rashíd y séptimo califa abasí (813-833), de la «Casa de la Sabiduría» (*Bait al-Híkma*) en Bagdad hacia 832. Esta institución, financiada por el erario público (*Baitul Mal*), se destinó a la traducción de manuscritos griegos, helenísticos, y también persas, siríacos y sánscritos, que versaban sobre ciencias antiguas, especialmente filosofía y ciencias naturales.

Al-Mamún reclutó a los hombres más talentosos para la Casa de la Sabiduría y eligió entre ellos a los hermanos Banu Musa, al matemático al Juarismi (el inventor del álgebra y de la aplicación del cero), y al filósofo y musicólogo al-Kindi.

Abu Zayd Hunayn Ibn Ishaq al-Ibadi (808-873), un asirio cristiano conocido entre los latinos como Johannitius, hijo de un farmacéutico nestoriano de Hira (Irak) sería el más importante y trascendente traductor del griego al árabe de su tiempo. La mayoría de los traductores de la siguiente generación recibirían entrenamiento de Hunayn o de sus discípulos. Igualmente, sería el primer director de la casa de la Sabiduría con apenas 24 años. Hunayn que estudió medicina, era bilingüe desde la infancia pues hablaba siríaco y árabe.

Hunayn mismo nos informa que al-Mamún pagaba las obras traducidas según su peso: si un libro pesaba una libra el traductor recibía una libra de oro. Con sus traducciones de textos galénicos e hipocráticos Hunayn colaboró de una manera decisiva en la transmisión del saber científico helénico al Islam. Es autor también de los primeros tratados árabes de oftalmología.

Muchas de las traducciones de Hunayn eran esfuerzos de colaboración. Por ejemplo, Hunayn podía traducir una obra griega al siríaco, y a continuación su sobrino Hubaysh pasaba el texto al árabe. El hijo de Hunayn, Ishaq, traducía del griego al siríaco o al árabe, y además hacía revisiones de las traducciones de sus colegas. Y Hunayn, además de hacer sus propias traducciones del griego al siríaco o al árabe, parece haber insistido en comprobar las traducciones de sus discípulos.

Hunayn y sus colaboradores eran extremadamente sofisticados en sus métodos. Comprendieron la necesidad de comparar los manuscritos siempre que era posible, con el fin de descartar errores. y en lugar de seguir la práctica común en la traducción de la sustitución mecánica de palabra por palabra (que adolece del grave inconveniente de no toda palabra griega tiene su contrapartida

en árabe o en siríaco, a la vez que falla también al no tomar en cuenta las diferencias sintácticas entre las lenguas), Hunayn comprendía el significado previo de un enunciado en el original griego y lo traducía mediante un enunciado árabe o siríaco de significado equivalente.

El grueso de las traducciones de Hunayn fue de obras medicina, con especial énfasis en Galeno e Hipócrates. Tradujo alrededor de noventa obras de Galeno del griego al siríaco y unas cuarenta del griego al árabe: de Hipócrates, unas quince obras. También tradujo (y corrigió) tres diálogos de Platón, incluido el Timeo, varias obras de Aristóteles (en la mayoría de los casos del griego al siríaco), incluidas la Metafísica, Acerca del alma, Sobre la generación y la corrupción y parte de la Física, distintas obras de lógica, y matemáticas, y elaboró una versión siríaca del Nuevo Testamento.

El hecho de que tanto cristianos, judíos y zoroastrianos trabajaran con sus colegas musulmanes en una importante institución como la Casa de la Sabiduría habla a las claras del grado de convivencia que existió durante la época del Islam clásico.

Las bibliotecas fatimíes

Los califas de la dinastía fatimí, que gobernaron en el norte de África, Egipto y Palestina (909-1171), fundaron en 969 la ciudad de El Cairo, y en 970 la universidad de Al-Azhar ('la Resplandeciente', llamada así en honor y memoria de la hija del Profeta del Islam, Fátima az-Zahra, que vivió entre 605-632).

También crearon espléndidas bibliotecas y dotaron con generosidad a las de muchas mezquitas. La Biblioteca de palacio en tiempos del quinto califa fatimí, Abu Mansur Nizar al-Aziz Billah (975-996), fue llamada Dar al-Ilm ('Puerta del Conocimiento'). Su bibliotecario, Ali Ibn Muhammad al-Shabushti, que conversaba con el soberano de asuntos literarios, había distribuido los libros, de acuerdo con su materia, en cuarenta habitaciones. Disponía de riquísimos Coranes y de dieciocho mil obras helenísticas sobre ciencias naturales y filosofía. Estaba financiada en parte por los recursos del Estado y en ella estaban representados todos los dominios del saber. A los lectores se les proporcionaba pluma, papel y tinta, y los bibliotecarios y los investigadores ¡percibían incluso un salario!

Las bibliotecas de Asia central

Entre los siglos XI y XV se crearon numerosas bibliotecas en el Oriente musulmán. Por ejemplo, Ulugh Beg (1394-1449), príncipe turco, matemático y astrónomo, construyó un célebre observatorio en Samarcanda dotado de una gran biblioteca.

También, debemos mencionar las bibliotecas otomanas que fueron muchas y riquísimas. Una de las más célebres es aquella que se encuentra en el centro del tercer patio del Palacio de Topkapi en Estambul, contigua a la Sala de Audiencias: la biblioteca de Ahmet III, el sultán que gobernó durante la ‘Era de los Tulipanes’, entre 1718 y 1730. Guarda más de cuatro mil manuscritos, mayoritariamente islámicos y únicos en su género.

La biblioteca personal de un caballero

Abu l-Mudaffar Usama (“cachorro de león”) Ibn Murshid Ibn Ali Ibn Múnqidh (1095-1188), un famoso caballero sirio que vivió en el siglo XII, autor de obras de poesía, retórica, historia y religión, además de su ‘Autobiografía’, es el ejemplo de muchos musulmanes de la época que disponían privadamente de gigantescas bibliotecas, algo que ningún príncipe europeo jamás imaginó poseer. Llegó a poseer una biblioteca personal compuesta por cuatro mil libros.

Las bibliotecas andalusíes

En al-Ándalus, la España musulmana, la arabización fue fácil y rápida y pronto la nueva cultura desplazó a la latina, tanto en el campo literario como en el científico. Este avance cultural se vio favorecido por la aparición de bibliotecas y entre ellas destacaron las de algunos de los emires omeyas, como Abd ar-Rahmán II (822-852), Muhammad I (852-886), y Abd ar-Rahmán III (reinante entre 912-961), el primer califa cordobés, cuyo interés por los libros llegó a oídos del emperador de Bizancio Constantino VII Porfirogenetos (reinante entre 913-959), que, para ganarse su amistad, le obsequió la “Materia médica” de Dioscórides Anazarbeo (40-90), médico y farmacólogo griego al servicio del emperador Nerón, obra que sería traducida del griego al árabe con el concurso del monje Nicolás especialmente enviado para ese propósito por el emperador y Hasdai Ibn Shaprut (915-975), el canciller y médico judío del califa que era además políglota.

El hijo y sucesor de Abd ar-Rahmán, al-Hákam II (reinante entre 961-756), tuvo la suerte de llegar al trono cuando tenía cerca de 50 años, lo que le

permitió dedicarse a la formación de su biblioteca y al estudio. Incluso prefería los libros a los asuntos de gobierno. Hombre de cultura enciclopédica, escribió una “Historia de al-Ándalus”, aunque su especialidad fue la genealogía en la que llegó a ser considerado una gran autoridad. Protector de hombres estudiosos, a los que acogía con generosidad, su fama se debe principalmente a su biblioteca que llegó a reunir 400 mil volúmenes.

Al frente de la biblioteca, instalada en el propio alcázar de Córdoba, estaba su ayudante Talid, a cuyas órdenes trabajaban copistas, entre ellos dos mujeres, Lubna y Fátima, iluminadores, encuadernadores y una serie de eruditos encargados de la colación o corrección de las copias. Tenía el califa, además, un copista a sueldo en Bagdad para que copiara obras desconocidas en al-Ándalus. También tenía representantes en diversas capitales de Oriente para comprarle libros.

Según el historiador Ibn Jaldún (1332-1406), el califa al-Hákam se hizo reservar la primera edición del libro de Abu al-Faraj al-Isfahani (c 897-967), *Kitab al-Aghani al-kabir* (‘El mayor libro de canciones’), que tenía 24 tomos, y le envió la fuerte suma de mil dinares de oro. Cuando la obra, una de las máximas y más preciosas de la literatura árabe, llegó a las manos del califa, éste quedó tan fascinado con ella que le giró otros mil dinares al autor, algo que difícilmente se haría en nuestros días.